



Artelogie

Recherche sur les arts, le patrimoine et la littérature de l'Amérique latine

9 | 2016

Horizons et perspectives de la culture en Colombie (1990-2015)

Entrevista com Pablo José Montoya

Buenos Aires, 2 de mayo de 2016

Pablo Cuartas, Iván Jiménez y Camilo Bogoya



Edición electrónica

URL: <http://journals.openedition.org/artelogie/718>

DOI: 10.4000/artelogie.718

ISSN: 2115-6395

Editor

Association ESCAL

Referencia electrónica

Pablo Cuartas, Iván Jiménez y Camilo Bogoya, « Entrevista com Pablo José Montoya », *Artelogie* [En línea], 9 | 2016, Publicado el 20 junio 2016, consultado el 17 noviembre 2020. URL : <http://journals.openedition.org/artelogie/718> ; DOI : <https://doi.org/10.4000/artelogie.718>

Este documento fue generado automáticamente el 17 noviembre 2020.

Association ESCAL

Entrevista con Pablo José Montoya

Buenos Aires, 2 de mayo de 2016

Pablo Cuartas, Iván Jiménez y Camilo Bogoya

PABLO CUARTAS: ¿Qué importancia le concede a la escritura ensayística? Lo digo así para referirme no sólo a un género –que también usted ha cultivado– sino a un tono que se advierte incluso en su obra narrativa.

Hace unos años Germán Espinosa me decía, en París, que a Colombia le faltaba una narrativa de ideas. Se quejaba del panorama novelístico, tan afianzado en el poder de la fábula y la anécdota, que nos dejaba como herencia García Márquez. Y, a su modo, Espinosa quiso llenar una suerte de vacío existente en nuestro ámbito con obras como *El signo del pez* y *La tejedora de coronas*. Espinosa, por supuesto, no ha sido el único. Otro caso atractivo, y bastante insular, es el de Ricardo Cano Gaviria con una novela como *El pasajero Benjamin* donde la filosofía se une tan intensa, conmovedora e inteligentemente con la literatura. Creo que una manera, y eso lo vemos con claridad en una literatura como la alemana (pienso en Thomas Mann, en Robert Musil, en Hermann Broch), para proponer una narrativa de ideas, con espesor intelectual, es acudir a la escritura ensayística y que ella se convierta, por momentos, en el centro estelar de la obra literaria. Y hacerlo sin pedanterías y sin posturas grandilocuentes y distantes de aquellas ideas equívocas de que los lectores de ahora no soportarían tales propuestas. Yo he tratado, por mi parte, de darle al ensayo el mismo valor que le doy a la poesía en mis novelas. Porque concibo la novela como esa posibilidad que lo permite todo y que es capaz de transmitirle al lector un mundo que, en mi caso, tiene fuerte pilares en la historia y las artes y sus diversas representaciones de la violencia.

P. C. ¿Cuál es su percepción acerca de la tradición y de la actualidad del ensayo en Colombia?

Colombia es un país que ha tenido notables ensayistas. Algunos creen que nuestro ensayo, y hablo aquí también del latinoamericano, inicia con los textos de nuestros primeros “prohombres”, o de aquellos que pensaron la identidad de nuestras torpes y farragosas naciones en el siglo XIX desde el ejercicio de la política y la religión. Yo, en la medida en que pienso que el ensayo es la máxima expresión estética del individuo, y ubicado en la tradición laica y despolitizada, o al menos lejana de cualquier militancia ideológica, que nos dejó Montaigne, prefiero pensar que el ensayo nace en

Colombia con Baldomero Sanín Cano. Y nace con sus valientes y lúcidas críticas a la poesía de Rafael Núñez y con su lúcido combate contra las tendencias más retrógradas de los políticos gramáticos de la Atenas suramericana y de ese país del Sagrado Corazón de Jesús que le correspondió. Luego siguen los descendientes de él como Hernando Tellez, Jorge Gaitán Durán, Jorge Zalamea, Hernando Valencia Goelkel, Germán Arciniegas, Nicolás Gómez Dávila, Rafael H Moreno Durán y Rafael Gutiérrez Girardot, aunque este último tiene más proyección en los espacios académicos. Pero esta vitalísima tradición ensayística se ha debilitado bastante en los últimos tiempos. Hasta tal punto que el ensayo hoy día en Colombia es el género ceniciento. Ante el triunfo descomunal de la novela y la crónica periodística, el ensayo ha tenido que aislarse y seguir respirando, un poco maltrechamente, en las periferias literarias. Esto quizás le haga bien y es muy probable que presenciemos pronto un nuevo esplendor de este género. Porque no olvidemos que las mejores transformaciones de la literatura colombiana en el último siglo siempre han venido desde los márgenes y pocas veces desde el centro. La crítica literaria, que es una de las formas que más aprecio del ensayo, puede tener en un futuro inmediato momentos interesantes, pues hay antecedentes que me parecen brillantes. Piénsese, por ejemplo, en David Jiménez y su *Historia de la crítica literaria en Colombia* Ahora bien, ante el panorama actual colombiano, el ensayista más importante, en la medida en que es el más leído y el más publicitado, pero también en el sentido que es el escritor que más le ha apostado a este género en las últimas décadas, es William Ospina. En él confluyen varias tradiciones (la americanista, la ecológica, la política y la meramente poética) y esto lo convierte en un fenómeno digno de tener en cuenta, así no comulgamos con algunas de sus ideas. Justamente su última novela, *El año del verano que nunca llegó*, es un llamativo caso de novela ensayo sobre la poesía romántica inglesa. El hecho de que se escriban novelas así, en una Colombia que está tratando de superar el fantasma del gran padre que ha significado para nosotros García Márquez, es un signo de buena salud de esa narrativa ensayística de la que estamos hablando.

IVÁN JIMÉNEZ: « Creo que el único tema que tenemos los escritores de este país es la violencia. No es fácil reconocerlo porque, de alguna manera, esa premisa es una condena ». La frase es de Pedro Cadavid, el escritor de *Los derrotados* (p. 145). ¿Qué diría Pablo Montoya de esta afirmación de su personaje, luego de haber escrito *Los derrotados* y *Tríptico de la infamia*?

He abordado la violencia en varios de mis libros. La violencia vinculada a los procesos sociales colombianos, como es el caso de *Los derrotados* (2012) y de algunos de mis libros de cuentos (*Cuentos de Niquía* (1996), *Réquiem por un fantasma* (2006) y *El beso de la noche* (2010)) y la violencia digamos más universal como es el caso de *Tríptico de la infamia* (2014). Y lo he hecho con la certeza de que estaba haciendo una especie de exorcismo en tanto que individuo y en tanto que miembro de una colectividad. No es fácil nacer y vivir, y quizás morir, en un país tan turbio como Colombia. Basta pensar en sus vergonzosos índices de impunidad y en un caso como el de los falsos positivos, o en la gran cantidad de desplazados que ha generado su última violencia narcoparamilitar, estatal y guerrillera, o en la paramilitarización o criminalización de la sociedad, o en la incesante y grotesca corrupción en que vive sumida este país, para saber que ser colombiano significa cargar un peso bien singular, desde el punto de vista ético y moral. Yo me he sentido, en esta dirección, como un Atlas que lleva sobre sus hombros tal peso y he tratado con la escritura de

penetrar en sus simas para horrorizarme y al mismo tiempo limpiarme. Pues, a la manera en que lo entendían los trágicos griegos, creo que la escritura es una labor de catarsis. Ahora bien, luego de estas travesías literarias por la oscuridad, me gustaría sumergirme en proyectos más diáfanos y esperanzadores, pero termino inevitablemente topándome con las coyunturas de la degradación humana. Ahora, por ejemplo, estoy escribiendo una novela de formación que cuenta la historia de unos muchachos que estudian música en una pequeña ciudad del altiplano colombiano. Están allí como aislados de la vida tumultuosa del país en que viven. Es una novela que transcurre en los años ochenta del siglo XX y que trata de narrar un poco lo que pasó con mi generación, o al menos con ese grupo de jóvenes que me acompañaron cuando yo era estudiante de música en Tunja. En todo caso, estos chicos, que parecieran vivir en una especie de torre de cristal, se ven enfrentados a la violencia que vivió el país en esa década desastrosa. Quisiera alejarme de esas turbulencias sociales, pero siempre de un modo u otro me topo con ellas. Es como un estigma y salir de él resulta difícil. Si no mire lo que están escribiendo las generaciones de narradores colombianos de ahora. Un nuevo ajuste cuentas con esa llaga histórica que nos nombra.

CAMILO BOGOYA : ¿Hasta dónde se podría decir que *Tríptico de la infamia* es una crítica formal de *Los derrotados* ?

Lo que pienso, más bien, es que son novelas muy próximas. Complejas reflexiones, por la dimensión de su propuesta formal y por la imbricación de sus contenidos, sobre el mal histórico, sobre la violencia y su vínculo con el arte y los proyectos intelectuales de orden humanístico: En *Los derrotados* la confrontación entre disciplinas naturalistas y científicas y las militancias revolucionarias a lo largo de los siglos XIX y XX colombianos; y en *Tríptico de la infamia* esos abrazos entre arte y exterminio movidos por las causas religiosas del siglo XVI. Pienso más bien en lo que las une: son apuestas por los cruces de géneros; quiero decir, que ambas novelas son des-generadas. En *Los derrotados* se propone un vaivén de espacios y temporalidades y su esencia narrativa tiene que ver con la técnica del mosaico. En ella hay capítulos que son cartas, notas de diario, ensayos, cuentos, etc. En *Tríptico de la infamia*, igualmente, hay capítulos que se la juegan enteramente por la reflexión ensayística y por monólogos de índole poética. Y cuando hablo de la hermandad que las une, me refiero también a sus candentes núcleos visuales. En *Los derrotados* hay un capítulo que se aproxima a la última violencia colombiana a partir de una serie de fotografías de Jesús Abad Colorado. Y en *Tríptico de la infamia* hay un capítulo dedicado al exterminio indígena cometido durante la conquista española representado por los grabados que Théodore de Bry hizo sobre la Brevísima relación de la destrucción de las Indias de Bartolomé de Las Casas.

I. J. ¿Con respecto al vínculo con el pasado histórico, qué continuidades o qué contrastes podría establecer entre la escritura de *Los derrotados* y la del *Tríptico de la infamia*?

Ambas novelas significaron una larga, profunda y trashumante investigación. Visita a museos y archivos, conversaciones con especialistas en el asunto, lectura de numerosos libros sobre la historia de los eventos que tratan las obras. Son novelas que abordan dos periodos diferentes (la segunda mitad del siglo XVI en Europa y América en *Tríptico de la infamia*; En *Los derrotados* la independencia y la patria boba y el surgimiento de los movimientos guerrilleros, es decir el siglo XIX en la nueva Granada y la Colombia de finales del siglo XX). Ambas novelas pretender

mostrar lo que sucede cuando intelectuales, humanistas, pintores o naturalistas, se ven golpeados por la violencia social. En este sentido, todos estos personajes se tornan víctimas de la crueldad ejercida por los poderosos. Y es que viéndolo bien, la mayor parte de los personajes de mis novelas, cuentos, prosas poéticas y ensayos son artistas tocados por el ansia de una cierta búsqueda de la individualidad y la autonomía en territorios en donde prima la opresión. Todos ellos son, y me refiero muy especialmente a los personajes de estas dos novelas, disidentes y justifican sus acciones en la práctica de una cierta disidencia. Ahora bien, debo decir que ambas novelas son recreaciones e invenciones del pasado histórico y no reproducciones arqueológicas cuya pretensión sea mostrar la verdad de lo que aconteció. Y esta modalidad de escritura la he proyectado desde ángulos metaficcionales. Tanto *Los derrotados* como *Tríptico de la infamia* son ejercicios de escritura literaria que muestran, al mismo tiempo, la novela y cómo se elabora su escritura.

I.J. Si habláramos del « deseo de pasado histórico en la obra de un novelista », ¿cuáles podrían ser los resortes que hacen surgir ese deseo?

Teniendo en cuenta que soy un escritor colombiano, creo que son varios. He escrito sobre el pasado de mi país porque quiero saber de dónde viene nuestra anomalía social, para saber qué es ese adefesio nacionalista, casi siempre ridículo y rimbombante, que hemos convenido en llamar Colombia. Y he escrito esos libros que se llaman *Adiós a los próceres* (2010) y *Los derrotados* para decirle al lector cuál es el tamaño de nuestras mentiras y de nuestros yerros. Hay escritores que van al pasado nacional para cantarle y sentirse orgulloso de él. Yo lo hago para desentrañar las falacias con que se nos ha enseñado ese ayer y para indagar en sus profundos traumatismos. Frente al caso de *Tríptico de la infamia*, me empujó la idea de escudriñar en esas dos heridas fundacionales que marcan nuestros destinos en tanto que sociedades latinoamericanas: las guerras de religión, que de Europa se trasladaron rápidamente a América, y el exterminio de los indígenas americanos provocado por la conquista europea. Y quizás el resorte que me impulsó a escribir estas dos novelas fue el querer liberarme del yugo que significa saberse parte de una historia marcada con las capitulares del horror. Pero uno, a la postre, no se libera de nada. Queramos o no estamos atados a esta red de causas y efectos que llamamos historia, en la que creemos marchar hacia delante cuando en realidad vamos hacia atrás o no avanzamos, esencialmente, hacia ningún lado. Otro motivo, por último, que me ha llevado a escribir sobre el pasado es saber que este es enorme y desconocido; que el presente, en cambio, es una instancia escurridiza e inasible; y el futuro, un terreno anclado en lo improbable.

I. J. ¿Por qué proponer una lectura del pasado histórico colombiano tomando a Francisco José de Caldas como punto de referencia? Por su trabajo crítico, usted conoce bien el caso de Simón Bolívar en las novelas colombianas. ¿Qué contraste establecería entre esas dos figuras: el Libertador y el Sabio?

Al llegar a Medellín, luego de una larga estancia en París de casi diez años, me encontré a un país sumido en una especie de guerra civil entre narcoparamilitares asociados con el Estado contra unas guerrillas igualmente infiltradas con el narcotráfico. Pero también me topé con una naturaleza prodigiosa. Naturaleza, valga la pena decirlo, que los políticos y empresarios que nos gobiernan hoy, se la están entregando a las empresas multinacionales sin ningún tipo de vacilación para que aquellas la saqueen a su modo neoliberal. Entonces fue cuando me dije que un buen personaje para adentrarme en esa relación entre naturaleza y guerra en Colombia era

el sabio Caldas. En principio, quería escribir una novela sobre este prócer; sin embargo, terminé escribiendo algo de eso pero también una historia del EPL, una de esas guerrillas que atravesaron el horizonte de nuestras luchas revolucionarias en la segunda mitad del siglo XX. La conclusión en *Los derrotados* es clara: en esos vínculos con las luchas armadas quienes terminan perdiendo son los intelectuales, los artistas, los hombres de conocimiento y los vencedores siempre son los guerreros. Y, repito, Caldas me sigue pareciendo el hombre más emblemático para entender el tamaño de esa derrota cognitiva. Evidentemente una novela así y una imagen de Caldas como la que se muestra en *Los derrotados* incomoda a quienes han ensalzado al sabio como prócer militar. Ahora bien, entre un científico como Caldas y un militar como Bolívar yo siempre preferiré, por mera simpatía personal, al primero. Sencillamente, me suscita más cariño y admiración la vida de un hombre que mira las estrellas para conocerlas y mide los montes y lleva herbarios, que la de un general megalómano que llevó una buena parte de su existencia montado en un caballo, enarbolando una espada y vociferando a diestra y siniestra sobre una libertad que a mí me parece bastante sospechosa. Por supuesto sé que tanto Caldas como Bolívar fueron figuras que sucumbieron ante las guerras de su tiempo. El uno fue fusilado por una reconquista brutal. El otro murió desengañado por ese mentiroso orden de cosas que ayudó a crear. El primero se arrepintió de sus labores guerreras y patrióticas y eso para mí es, aunque dramático, encomiable. El segundo justificó su vida en un heroísmo sangriento que me abruma. Pero ambos, en el fondo, señalan, el destino de lo que en Colombia significan las armas y las ciencias. Somos un país que gasta más dinero en guerras que en educación.

I. J. Al plantear el tema de los fracasos de los proyectos revolucionarios en la historia colombiana (siglos XIX y XX), uno podría pensar que la recepción de *Los derrotados* ha suscitado debates en Colombia. Sin embargo, en el encuentro en l'École Normale Supérieure (16/11/15), usted aclaraba que no ha sido así. ¿Qué podría decirnos a este respecto?

El premio Rómulo Gallegos que se le otorgó a *Tríptico de la infamia* en 2015 ha despertado interés, en Colombia, por mis otros libros. Pero antes *Los derrotados*, publicada en 2012, pasó casi que desapercibida del todo. Alfaguara y Random House la rechazaron con justificaciones que me parecieron reprochables: es una novela mal hecha (Alfaguara), no es comercial (Random House). Estos rechazos, lo confieso, me produjeron una crisis que me duró un buen tiempo y que superé escribiendo *Tríptico de la infamia*. Solo Sílabas Editores se interesó por ella y de la mano de esta editorial ha seguido su camino. Supe que *Los derrotados* casi queda de finalista en el premio Nacional de novela 2014 que convocó el Ministerio de Cultura para libro publicado. Me enteré también que el jurado no la consideró porque su título era deficiente y porque la novela tenía capítulos (como el diario botánico de Caldas y el capítulo dedicado a las fotografías de Jesús Abad Colorado, que son justamente los capítulos centrales de la obra) que sobraban. En fin, pongo estas consideraciones porque la novela, a pesar de algunas reseñas entusiastas, estaba, como los otros libros míos, sumergida en un limbo. Ahora siento que la situación han cambiado y *Los derrotados* acompaña a muchos lectores que se sienten conmovidos por los acontecimientos que se narran en esas páginas.

I. J. Según la « Nota » final de *Los derrotados*, la escritura de esta novela se apoya en un trabajo previo de consulta de fuentes, tales como la obra naturalista y la correspondencia de Caldas. ¿Podría hablarnos un poco de esta etapa de investigación? ¿Dónde se

encuentran tales fuentes? ¿Algún hallazgo o algún momento especial en el trabajo de investigación en los archivos?

Escribí *Lo derrotados* entre el 2008 y el 2012. La inicié en Medellín y la culminé en París. Viajé por diferentes partes de Colombia: fui a Popayán y recorrí los lugares de Caldas (su casa natal, las iglesias, los colegios, las calles, los parques y plazas que le concernieron, así como la hacienda de Paispamba y el volcán Puracé). Quise hacer el recorrido que él mismo hizo de Quito a Ibarra para encontrarse con Humboldt y Bonpland, pero el expresidente Álvaro Uribe ordenó a algunas unidades de su ejército ingresar a Ecuador para atacar a un comando de las FARC y resultó peligroso pasearse por esos sitios. La verdad es que algunos amigos me recomendaron no hacerlo y por esos días algunos colombianos fueron linchados por ecuatorianos. Igualmente, fui a Bogotá a visitar el observatorio astronómico que Caldas dirigió. Estuve en Tunja y la parte de Antioquia que da al río Cauca en donde él diseñó algunas de las fortalezas militares para enfrentar los ejércitos de la reconquista española. De hecho, fue por esas fortalezas que Pablo Morillo lo mandó a fusilar. De Caldas leí toda su obra (sus monografías publicadas en vida del sabio y sus cartas publicadas después por la Academia colombiana de ciencias exactas). Igualmente, leí todas las biografías que hasta el momento (2012) se habían publicado. Casi todas ellas, valga la pena decirlo, son biografías plagadas de elogios patrióticos y casi todas dicen más o menos lo mismo. Y, por último, en lo que tiene que ver con este personaje histórico, leí la novela de Samuel Jaramillo *Diario de la luz y las tinieblas* que es una reescritura de las cartas de Caldas. La novela la terminé de escribir durante una estancia en París que duró un año. Por esos días visité muchas veces el Jardín des Plantes y sentía que era injusto que yo, un simple diletante de la botánica y la geografía, pudiera pasearme por esos espacios y gozara de este palacio de las ciencias, y que Caldas, que lo merecía holgadamente, no lo hubiera hecho. Recuerdo que siempre que veía un árbol grandioso, una orquídea hermosa, un herbario de algún botánico célebre, trataba de evocar la figura del malogrado Caldas para decirle, a ese recuerdo, a esa desbordante curiosidad asesinada tan vilmente, que lo que yo contemplaba también le pertenecía a él. Porque, la verdad sea dicha, yo creo en esas comunicaciones dadas entre los hombres por los pasadizos del tiempo y del espacio.

I. J. ¿Por qué volver a escribir la carta de Caldas a Pascual Enriles que aparece en el capítulo 18 de *Los derrotados*? ¿Qué propósitos pueden confluír en una práctica de reescritura de este tipo?

Sospecho que lo que hacemos en las novelas es, en cierta medida, reescrituras. Me encanta la técnica del palimpsesto y del anacronismo. No creo en la total originalidad. Escribimos en medio de una tradición literaria que se remonta a siglos y en ella nos movemos con la sensación de estar encadenados a sus presupuestos o liberados de ellos. En mis novelas y cuentos yo introduzco breves pasajes de obras anteriores, pero no las reproduzco enteramente sino que las reelaboro. En *Los derrotados* no solo retomo, para retocarla un poco, la conmovedora carta final de Caldas a Enriles, en la que pide perdón para que su vida no sea interrumpida por las armas, sino la carta de un amigo que militó en el EPL que me mandó cuándo nació su primera hija. Ambos documentos los utilicé en mi novela y me pareció pertinente decirlo en la nota de los editores para evitar malos entendidos. Considero que esos dos capítulos muestran el lado humano de estos dos personajes que amaron las flores y las estrellas y terminaron mezclando sus existencias al ejercicio de las armas.

I. J. ¿Cómo llegó al archivo fotográfico de Jesús Abad Colorado? ¿Qué decir sobre el contacto con las imágenes de este fotógrafo? ¿Cómo ve usted la interacción entre texto e imagen cuando se trata de lo real de la violencia política?

A Abad Colorado lo conocí por las fotografías que hizo cuando era corresponsal de El Colombiano en los municipios más frágiles de Antioquia y Chocó. Vi después una selección de su trabajo en una publicación del Museo de Antioquia y más tarde en especiales de la guerra colombiana publicados por la revista Número. Luego lo conocí en un pasillo de la Universidad de Antioquia y le profesé mi admiración y le dije que estaba escribiendo algo sobre sus fotografías. Muy jovial, caudaloso en su manera de hablar, me ofreció su archivo y me dijo que estaba a mi disposición. Pensé que este ofrecimiento iba a cumplirse, pero jamás pude acceder directamente a sus fotografías. Abad Colorado no tardó en convertirse en una celebridad y lograr un encuentro con él me fue imposible. Cuando terminé la novela le pedí, a través de las editoras de Sílabas, una fotografía para la portada de la novela, aquella llamada “El espejo” y que funciona como una metáfora visual de Los derrotados y de Colombia, pero me la negó alegando cualquier cosa. Con todo, pienso que Abad Colorado es un fotógrafo extraordinario, además de valiente, y sus imágenes quedarán en la memoria de ese país cruel que hemos construido todos juntos. Porque la responsabilidad de lo que pasa en Colombia, y creo que esto lo manifiesta Abad Colorado en sus imágenes, y lo afirmo yo en mi novela, es responsabilidad de todos los colombianos. Pero aclaro que esta relación entre texto, imagen y violencia que se trabaja en Los derrotados, también está presente en otras partes de mi obra. Está reflejada en algunas minificciones de Trazos (2007) y ocupa un buen espacio en Tríptico de la infamia. Digamos que me la he jugado por esta vía, porque supuse que una manera más o menos nueva de abordar la violencia en la literatura colombiana tenía que ver con estas confluencias de imagen y texto.

I. J. En el encuentro en la ENS, se habló de su pertenencia a distintos lugares: Medellín y Antioquia, París, Tunja... ¿Tiene usted algún vínculo particular con los lugares importantes en la vida de Caldas ?

Fuera de que son sitios que visité, brevemente por lo demás, mientras escribía Los derrotados, no creo que haya ninguno. Aunque viéndolo bien hay un vínculo afectivo profundo con el volcán Puracé. Lo escalé cuando tenía 17 años en compañía de esos amigos de la adolescencia que, de algún modo, palpitan en la parte de mi novela dedicada a los jóvenes militantes del EPL. Es posible, incluso, que Los derrotados, en su va y viene temporal y espacial, haya comenzado a forjarse cuando vi el cráter del volcán Puracé que, como sabemos, Caldas también escaló.

C. B. Al final de sus libros suele fecharse el periodo de la escritura. Aparecen así lugares canónicos y desconocidos. ¿Por qué este gesto recurrente?

Quiero dejarme a mí mismo, y a los lectores más cercanos en el afecto, estos referentes que son, en el fondo, tentativas vanas de fijar el tiempo y el espacio. La escritura, en mi caso, es una labor muy afianzada en el viaje y el desplazamiento de la imaginación. A veces, cuando tomo uno de mis libros publicados, miro esas fechas y esos lugares y se me viene en cascada todo ese pasado. Y concluyo, con el libro en mis manos, que todo ese esfuerzo que hice se justifica en esas páginas que hojeo.

RESÚMENES

Pablo José Montoya es Primer Premio del Concurso Nacional de Cuento "Germán Vargas" (1993). En 1999 el Centro Nacional del Libro de Francia le otorgó una beca para escritores extranjeros por su libro *Viajeros*. El libro *Habitantes* ganó en el 2000 el premio Autores Antioqueños. *Réquiem por un fantasma* fue premiado por la Alcaldía de Medellín en el 2015 y el mismo año obtuvo el Premio Rómulo Gallegos con su novela *"Tríptico de la Infamia"*. Ha participado en diferentes antologías de cuento y poesía colombiana y latinoamericana. Realizó estudios de música en la Escuela Superior de música de Tunja. Hizo la licenciatura en filosofía y letras en la Universidad Santo Tomás de Aquino en Bogotá. Igualmente, obtuvo la maestría y el doctorado en Estudios Hispánicos y Latinoamericanos en la Universidad de la Sorbonne Nouvelle (París III). Sus traducciones de escritores franceses y africanos, sus ensayos sobre música, literatura y pintura, han sido publicados en diferentes revistas y periódicos de América Latina y Europa. Actualmente es profesor de literatura en la Universidad de Antioquia. Es escritor asociado de la Red Nacional de Talleres de Literatura (Renata) del Ministerio de Cultura de Colombia. Ha publicado los siguientes libros:

En cuento: *Cuentos de Niquía* (Vericuetos, París, 1996), *La sinfónica y otros cuentos musicales* (El propio bolsillo, Medellín, 1997), *Habitantes* (Indigo, París, 1999), *Razia* (Eafit, Medellín, 2001), *Réquiem por un fantasma* (Hombre Nuevo Editores, Medellín, 2006), *El beso de la noche* (Panamericana, Bogotá, 2010) y *Adiós a los próceres* (Random House-Mondadori, Bogotá, 2010).

En poesía: *Viajeros* (Universidad de Antioquia, Medellín 1999, Tragaluz Editores, Medellín, 2011), *Cuaderno de París* (Eafit, Medellín, 2006), *Trazos* (Universidad de Antioquia, Medellín, 2007) y *Solo una luz de agua : Francisco de Asís y Giotto* (Tragaluz Editores, Medellín, 2009).

En ensayo: *Música de pájaros* (Universidad de Antioquia, Medellín, 2005), *Novela histórica en Colombia 1988-2008: entre la pompa y el fracaso* (Universidad de Antioquia, Medellín, 2009), *Un Robinson cercano, diez ensayos sobre literatura francesa del siglo XX* (Eafit, Medellín, 2013) y *La música en la obra de Alejo Carpentier* (La carreta Editores, Medellín, 2013).

En novela: *La sed del ojo* (Eafit, Medellín, 2004), *Lejos de Roma* (Alfaguara, Bogotá, 2008) y *Los derrotados* (Sílabas Editores, Medellín, 2012).

Pablo José Montoya gagne en 1993 le premier prix du Concours national de nouvelles "Germán Vargas". En 1999, le Centre National du Livre de France lui a décerné une bourse d'études pour les écrivains étrangers pour son livre *Les voyageurs*. Le livre *"Habitantes"* a remporté en 2000 le prix des auteurs "Antioqueños". *"Requiem pour un fantôme"* a reçu un prix de la part de la mairie de Medellín en 2015. Et la même année, son roman *"Tríptico de la Infamia"*, remporte le prix Rómulo Gallegos. Il a participé à plusieurs anthologies de nouvelles et de poésies colombiennes et latino-américaines. Il a étudié la musique à l'Ecole Supérieure de Musique de Tunja. Il est diplômé en philosophie et lettres à l'Université St Thomas d'Aquin à Bogota et a aussi obtenu un doctorat d'études hispaniques et latino-américaines à l'Université de la Sorbonne Nouvelle (Paris III). Il traduit les écrivains français et africains et ses essais sur la musique, la littérature et la peinture ont été publiés dans divers magazines et journaux en Amérique latine et en Europe. Il est actuellement professeur de littérature à l'Université d'Antioquia et professeur associé du Réseau national d'ateliers de littérature (Renata) du Ministère de la Culture de la Colombie. Il a publié des livres d'essais, de poésie et des romans.

Les contes: *Cuentos de Niquía* (Vericuetos, París, 1996), *La sinfónica y otros cuentos musicales* (El propio bolsillo, Medellín, 1997), *Habitantes* (Indigo, París, 1999), *Razia* (Eafit, Medellín, 2001), *Réquiem por un fantasma* (Hombre Nuevo Editores, Medellín, 2006), *El beso de la noche* (Panamericana, Bogotá, 2010) y *Adiós a los próceres* (Random House-Mondadori, Bogotá, 2010).

Poésie: Viajeros (Universidad de Antioquia, Medellín 1999, Tragaluz Editores, Medellín, 2011), Cuaderno de París (Eafit, Medellín, 2006), Trazos (Universidad de Antioquia, Medellín, 2007) y Solo una luz de agua : Francisco de Asís y Giotto (Tragaluz Editores, Medellín, 2009).

Les essais: Música de pájaros (Universidad de Antioquia, Medellín, 2005), Novela histórica en Colombia 1988-2008: entre la pompa y el fracaso (Universidad de Antioquia, Medellín, 2009), Un Robinson cercano, diez ensayos sobre literatura francesa del siglo XX (Eafit, Medellín, 2013) y La música en la obra de Alejo Carpentier (La carreta Editores, Medellín, 2013).

Les romans: La sed del ojo (Eafit, Medellín, 2004), Lejos de Roma (Alfaguara, Bogotá, 2008) y Los derrotados (Sílabas Editores, Medellín, 2012).